

LA MAYOR ESPERANZA



SERMONARIO

LA MAYOR DECISIÓN: CONOCER A DIOS

TEXTO CLAVE

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Heb. 1:1, 2).

INTRODUCCIÓN

Dios siempre ha buscado darse a conocer. Antes de que el pecado colocara una barrera entre él y nosotros, la comunicación con Dios era personal y directa. La última vez que ese tipo de comunicación ocurrió fue en ocasión de la entrada del pecado al mundo. Dios salió al encuentro de la primera pareja en el huerto de Edén y les anunció las consecuencias de su desobediencia (Gén. 3:8-11). Nunca más el ser humano gozaría tal grado de intimidad con Dios al comunicarse con él. ¿O tal comunicación sería, de alguna manera, nuevamente posible? Un hombre tomó la peor decisión de su vida, al perder la comunicación con Dios cara a cara, producto del pecado, ¿Será que a través de otro hombre podría restablecerse la comunicación con Dios?

Varios siglos pasaron y la Biblia registra la experiencia de un hombre que gozó de una comunicación sumamente íntima y directa con Dios. Su nombre fue Moisés. De él se nos dice: “Y viendo todo el pueblo la columna de nube que estaba a la puerta del tabernáculo, se levantaba cada uno a la puerta de su tienda y adoraba. *Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero.* Y él volvía al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (Éxo. 33:10, 11).

Luego de la muerte de Moisés, es probable que el mismo Josué agregara lo siguiente a la biografía de este gran líder: “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara” (Deut. 34:10). Dios conoció a Moisés cara a cara y, en esa experiencia, Moisés también conoció a Dios.

El modo de comunicación entre ellos era muy simple y directo. Ellos hablaban. ¿Te imaginas? ¡Hablar con Dios como habla cualquiera con su compañero! En diversas oportunidades, la Biblia nos señala que Dios tomó la iniciativa para llamar y hablar a Moisés, además de responder a sus inquietudes.

DESARROLLO

Luego de huir de Egipto, Moisés pasó 40 años en el desierto de Madián. Atrás habían quedado los días de la realeza y de su poder en la corte egipcia. Deben haber sido años difíciles: marcados por un pasado con errores y un futuro como pastor de ovejas que contrastaba con el potencial que alguna vez tuvo. No desconocía la triste condición de Israel en Egipto, pero ya nada podía hacer. Ahora era un mero espectador de su propia vida. Al menos, eso pensaba él.

Sin embargo, llegó el día en que “lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí” (Éxo. 3:4). Perfectamente él pudo rechazar el llamado de Dios e incluso se sintió no merecedor de tan honrosa invitación a servirle, el tomo la mejor decisión de su vida, desde ahí todo cambiaría.

Desde aquel día, los diálogos entre Dios y Moisés fueron muchos y profundos. Hubo ocasiones en las que algunas personas acompañaron a Moisés en el trayecto a sus entrevistas con Dios, sin embargo, era solo Moisés el que se acercaba y dialogaba con Dios (Ej.: Éxo. 24:1, 2). Sin lugar a dudas esas entrevistas a solas con Dios deben haber marcado profundamente la vida de este líder. Sin embargo, podríamos preguntarnos cómo tendría el resto del pueblo de Israel una experiencia cercana con Dios.

Hubo momentos importantes en la experiencia del pueblo en los que Dios no solo le habló a Moisés, sino que además le pidió que compartiera sus palabras y vivencias por escrito con el pueblo. Algunos episodios fueron muy positivos, otros bastante lamentables de parte del pueblo. Con todo, Dios invitó a Moisés a que guardara un registro como memoria de su misericordia y fidelidad. Desde ahí en adelante Moisés sirvió al Señor. Necesariamente cuando tenemos una relación estrecha con El, seremos la voz de El para quienes nos rodean. Veamos algunos ejemplos:

- **Éxodo 17:14.** El pueblo acababa de molestarse con Moisés y con Dios. Dudaban de la presencia del Jehová en medio de ellos debido a que sentían sed y no hallaban agua (vers. 7). La intervención divina fue sorprendente, y todo el pueblo fue testigo de cómo brotaba agua desde una peña en Horeb. A pesar de su rebeldía, Dios mantuvo su fidelidad proveyendo para su necesidad. Poco después de ese incidente los amalecitas salieron a pelear con Israel. Moisés recibió instrucciones directas de Dios y, mientras las siguieron lograron vencer a los de Amalec. Jehová los había librado. Sin embargo, el incidente del agua nos demuestra cuán rebelde y olvidadizo

podía ser el pueblo. Por esta razón Dios le indicó a Moisés: “Escribe esto para que sea recordado en un libro” (vers. 14). Es significativo pensar en que estos relatos están en nuestra Biblia hoy debido a que Moisés siguió esta instrucción divina. Nos sirven como recordatorio constante de la fidelidad y paciencia de Dios. La palabra de Dios que hoy tenemos sin duda es el mejor registro de un hombre que tomo la mejor decisión de su vida, tener una vida conectada con su Señor. ¿Tienes una Biblia? Consigue una, es la mejor manera que tenemos de comenzar una relación íntima con nuestro Dios, a través de estas líneas lo conocerás profundamente.

- **Éxodo 24:4, 7.** En este episodio se registra el optimismo del pueblo. Pretendían guardar todas las indicaciones de Dios (caps. 20-23). Estas habían quedado escritas en “el libro del pacto” (vers. 7). Este libro probablemente fue creciendo con el tiempo hasta que es colocado al lado del arca del pacto en donde estaban las tablas de la ley (ver Deut. 31:9-11, 26). El optimismo del pueblo sirve de telón de fondo para la narración que sigue. Moisés sube al monte para recibir más instrucciones de parte de Dios respecto a la forma en que Dios se revelaría a ellos en el Santuario (caps. 25-31). Sin embargo, cuando Moisés regresa al campamento, halla al pueblo quebrantando todo lo que habían prometido: el famoso episodio del becerro de oro (cap. 32). ¡Qué contraste! El libro escrito por Moisés y escuchado por el pueblo era un testigo poderoso en contra de ellos mismos. Sin embargo, qué hermoso es ver cómo el diálogo íntimo entre Dios y Moisés le brinda una nueva oportunidad al pueblo: “Y dijo: Si ahora, Señor, he hallado gracia en tus ojos, vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad” (Éxo. 34:9).

CONCLUSIÓN

La comunicación íntima entre Dios y Moisés dan forma a lo que conocemos hoy como el Pentateuco: los cinco primeros libros de la Biblia. Como tales, son un testimonio irrefutable de nuestra debilidad como seres humanos pero, al mismo tiempo, proclaman cuán grande es el amor de Dios hacia nosotros.

Su Palabra nos recuerda las maravillas que él nos ha prometido. Tal como actuó en el pasado lo hará con nosotros en el presente, sin embargo, ¡cuán fácilmente se nos olvida que tenemos a un Dios poderoso de nuestro lado! Debemos permitir que la Biblia refresque nuestra memoria y nos invite a confiar en las victorias que Dios nos dará.

Al mismo tiempo, cuan reconfortante es poder repasar las vivencias de pueblo de Dios. Nada se oculta: tanto lo bueno, pero especialmente lo malo se nos relata con total honestidad. La Biblia no busca esconder las imperfecciones y, al hacerlo, nos permite entender que Dios está dispuesto a relacionarse con gente imperfecta. Dios es un Dios de oportunidades; cada error nuestro es una oportunidad en la que él nos muestra su gracia y fidelidad. La Biblia da testimonio de aquello.

La vida de Moisés no fue perfecta. Estuvo marcada por luchas, por el desánimo, el cansancio y, en ocasiones, la frustración. Sin embargo, tomó la mejor decisión de su vida, en todo momento el diálogo íntimo con su Dios lo sostuvo y supo perseverar.

LLAMADO

¿Qué dificultades enfrentas hoy? ¿Necesitas hablar pero no hay quien escuche? ¿Te da miedo contar lo que solo podría acarrearle problemas o prejuicios de los demás? Hay un Dios que escucha y que habla a todo aquel que está dispuesto a ese diálogo íntimo. La Biblia es el resultado de ese diálogo y está a tu disposición.

El secreto de Moisés fue sencillo: él hablaba con Dios. Tú tienes la misma oportunidad. Puedes vivir la vida con esperanza al confiar en la Palabra de Dios. Recuerda: “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Rom. 15:4).

¿Aceptarás las palabras de Dios? ¿Permitirás un diálogo honesto con Dios? ¿Quieres ser testigo de cómo la Palabra de Dios te guía? Entonces vive al lado del Dios que habla y que escucha.

LA MAYOR VICTORIA

TEXTO CLAVE

“El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8).

INTRODUCCIÓN

“¿Cómo estás?”, preguntamos. La mayoría de las veces escuchamos solo una respuesta: “Bien”. Pareciera que es importante para el ser humano estar bien o, visto de otra manera, no estar mal. Si ampliamos esta tendencia básica, también podemos ver que se aplica a la conducta. Incluso quienes han errado harán lo imposible para minimizar el impacto de su mala conducta ante la opinión pública. Pareciera que hay algo en el ser humano que le indica que le corresponde el bien, no el mal. En nuestros esfuerzos por ser buenos, realizamos buenas obras. Nada malo en aquello. Sin embargo, pareciera que eso no basta para los momentos donde las cosas andan mal. Cuando esos momentos oscuros llegan nos preguntamos de qué sirvió “portarse bien”. Si ser bueno no garantiza la ausencia de problemas, ¿entonces por qué intentarlo? En ese escenario, muchos han optado por abrazar la ética en donde “el fin justifica los medios”. Cuánto más si se trata de alcanzar la salvación, soy bueno, no le hago mal a nadie, creo que merezco eso y mucho más.

La Biblia nos presenta la vida de un hombre que era bueno. Hizo muchas cosas admirables, pero llegó el momento en su vida en donde se percató que nunca podría alcanzar el bien último que le daría paz. Percibió que la conducta intachable que llevaba igualmente lo dejaba “al debe” si se comparaba con Dios. ¿Qué sucedió con él? ¿Se desesperó? ¿Se deprimió? ¿Se molestó con Dios?

DESARROLLO

Veamos su historia. El relato de su vida aparece resumido en dos lugares de la Biblia: 2 Reyes 22 y 2 Crónicas 34. En este caso, seguiremos los detalles que nos entrega el cronista. Los primeros versículos (vers. 1, 2) nos informan de que “hizo lo recto”, incluso al reinar desde los ocho años de edad. Pareciera que un niño de esa edad ya sabe distinguir entre lo bueno y lo malo.

En el año octavo de su reinado (cuando ya tenía 16 años; vers. 3) procuró buscar a Dios con mayor dedicación. En la historia de Judá había suficientes reyes

antes de él, tanto buenos y malos, que le podían servir de referencia. Él eligió la mejor referencia posible: el rey David, “su padre”; su gran antepasado.

Al seguir ese buen ejemplo, erradicó mucho de lo que correspondía a la idolatría que se había introducido en la vida diaria de su pueblo. (Leer y destacar algunos hitos de los vers. 4-7.) Algunos reyes antes que él ya habían hecho algunas reformas similares. Él estaba siguiendo ese ejemplo. Esto nos demuestra que se puede servir y hacer las cosas bien si nos disponemos a hacerlas.

Sin embargo, en el año 18 de su reinado (con 26 años de edad), decide avanzar un poco más en la búsqueda del bien para él y para su pueblo. Contento con haber “limpiado la tierra y la Casa” (la nación de Judá y el Templo; vers. 8), decide que la Casa de Dios necesitaba ser reparada. No sería el primero en reparar la Casa de Dios, pero era algo que él aún no había realizado. No resulta extraño que, a medida que avanzaba en edad, al igual que en sus buenas acciones, Josías sintiera que algo más debía ser hecho.

Como seres humanos nos sucede lo mismo. En nuestra búsqueda por el bien, o por estar satisfechos con nosotros mismos, llegaremos a sentir que algo más falta para que nuestra vida esté completa. Ellen White señaló: *“La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero no tienen poder para salvarnos. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar las fuentes de la vida”* (El camino a Cristo, p. 18). Tal vez esta declaración explica, en parte, la constante búsqueda de Josías. Al mismo tiempo nos transmite una gran lección. Si para estar bien dependemos de las buenas acciones que realizamos, ¿cómo podríamos estar bien cuando erramos o simplemente nos faltan las fuerzas para la “próxima buena obra”. Veamos cómo la experiencia de Josías nos ofrece una respuesta.

Dios tenía preparada una sorpresa para el rey Josías. En su buena iniciativa de reparar el templo, él estaba dándole una oportunidad a Dios para que se revelara con mayor claridad. En medio de la logística necesaria para la reparación del templo, sucedió algo inesperado: “Y al sacar el dinero que había sido traído a la casa de Jehová, el sacerdote Hilcías halló *el libro de la ley de Jehová* dada por medio de Moisés” (2 Crón. 34:14). Este hallazgo presentaría tanto un desafío como una oportunidad para el rey.

El libro de la ley llegó a manos y oídos de Josías por medio del escriba Safán: “El sacerdote Hilcías me dio un libro. Y leyó Safán en él delante del rey. Luego que

el rey oyó las palabras de la ley, rasgó sus vestidos” (vers. 18, 19). ¡Qué respuesta de Josías! En su encuentro con Dios por medio de su ley abrió los ojos de rey a una gran verdad: todo lo que había hecho, aunque bueno, jamás alcanzaría el alto ideal de Dios. Percibió que no bastaba con hacer cosas buenas. Por mucho que tenía una historia impecable, aún sintió su indignidad al percibir la santidad de la voluntad de Dios. ¿Qué hacer? Josías buscó la orientación de la profetisa Hulda: *“Andad, consultad a Jehová por mí y por el remanente de Israel y de Judá acerca de las palabras del libro que se ha ballado; porque grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no guardaron la palabra de Jehová, para hacer conforme a todo lo que está escrito en este libro. Entonces Hilcías y los del rey fueron a Hulda profetisa, mujer de Salum hijo de Ticva, hijo de Harbas, guarda de las vestiduras, la cual moraba en Jerusalén en el segundo barrio, y le dijeron las palabras antes dichas”* (2 Crón. 34:21, 22).

La respuesta de Hulda fue doble: una parte para el pueblo, que se obstinaba en pecar (vers. 23-25); otra, para el rey. Leamos: “Mas al rey de Judá, que os ha enviado a consultar a Jehová, así le diréis: Jehová el Dios de Israel ha dicho así: Por cuanto oíste las palabras del libro, y tu corazón se conmovió, y te *humillaste* delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus moradores, y te *humillaste* delante de mí, y *rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia*, yo también te he oído, dice Jehová. He aquí que yo te recogeré con tus padres, y serás recogido en tu sepulcro en paz” (2 Crón. 34:26-28). Hulda no le respondió: *“No te preocupes, tú te has portado bien, así que tus buenas obras cancelan tus faltas”*. Es significativo que, ante la consulta sincera de Josías, Hulda lo anima y apunta hacia su actitud delante de Dios: humilde y arrepentido. La ley de Dios permitió que Josías percibiera que nunca alcanzaría a ser lo suficientemente bueno, y a que reconociera su necesidad de Dios y de su perdón.

Debemos entender algo: hacer lo correcto y obrar justamente es siempre mejor que vivir haciendo el mal. Sin embargo, cuando aún nuestra buena conducta no logra darnos paz, Dios nos recuerda que ese no es el camino, y que debemos confiarle nuestras faltas y fracasos a él. Él nos da la paz que nuestras acciones jamás podrán. Por eso existe la ley de Dios. La ley de Dios viene a ser como un espejo que nos permite mirar francamente nuestra realidad y percibir lo bueno y lo malo.

CONCLUSIÓN

Muchos señalan que es imposible guardar toda la ley de Dios. No están equivocados... en parte. En nuestro estado caído y pecaminoso, naturalmente

fallaremos al intentar alcanzar la ética de Dios. Sin embargo, guardar la ley también significa reconocer el diagnóstico que ella hace de nosotros: hemos errado, pero, si lo reconocemos, hay un Dios dispuesto a perdonar. Esto último si está a nuestro alcance. ¡Reconocer que Dios nos ofrece su ley como un recordativo de que podemos confiar en él es un gran regalo!

Debemos tener claro que la Ley no nos otorga la salvación, sino más bien nos conduce a ella, queriendo hacer siempre la voluntad de Dios. Esta nos libra de tantas cosas a las que hoy estamos tan expuestos: idolatría, falsa adoración de imágenes, exceso de trabajo, mala relación con nuestros padres, asesinatos, infidelidad, robo, problemas de relacionamiento, envidia. Nuestro Dios quiere librarte de todo eso, y aunque pienses llevar una vida perfecta, te darás cuenta que más cerca de Dios te verás más imperfecto, y con deseos de estar a cuentas con Él.

Para ser salvo no necesitas simplemente ser bueno, mas hacer la voluntad de Señor, creer en Él, seguir sus consejos, y a través de Él reconocer tu condición, confesar tu pecado, arrepentirte, y entregar tu vida a Él, que está dispuesto a recibirte.

LLAMADO

¿Has intentado vivir asumiendo que Dios existe, pero sin reconocer tu necesidad de él? Hasta un buen hombre como Josías vio como la ley de Dios lo libró de una de las interrogantes que lo acompañaba desde pequeño: “Si me porto bien, ¿por qué sigo sintiendo que falta algo?” Tal como ocurrió con él, la ley de Dios te puede liberar del engaño de confiar en ti mismo; te recordará tus límites y te conducirá a quien desea darte paz.

“Guardaré tu ley siempre, para siempre y eternamente. Y andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos” (Salmos 119:44, 45).

¿EL MOMENTO DE LA DECISIÓN ES HOY?

TEXTO CLAVE

“Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones” (Sal. 51:1).

INTRODUCCIÓN

Cuando reflexiono en la Biblia y en los seres humanos que ella me presenta, alabo el nombre de Dios porque no veo en ella a Super Hombres, veo en ella a seres humanos como tú y yo; con virtudes y múltiples defectos. Los personajes bíblicos fueron hombres y mujeres reales, con luchas, con defectos, con pecados acariciados como lo somos tú y yo.

Hoy nos queremos concentrar en algunas experiencias del rey David. A él se lo conoce como “el hombre conforme al corazón de Dios”. ¿Cómo es el corazón de Dios? La Biblia describe a Dios como la expresión máxima del amor; no solo como algo que él manifiesta, sino como el rasgo distintivo de su ser. A partir de allí, adjetivos como misericordioso, justo, paciente y tantos más simplemente no bastan para describir a Dios. Si un hombre es descrito como quien vive en conformidad al corazón de Dios, tenderíamos a pensar que debe referirse a alguien perfecto en todo sentido. ¿O no?

No es necesario conocer detalladamente la vida de David para saber que él no fue perfecto. Cometió errores y negligencias como cualquiera. Entonces, ¿por qué se dice que fue un “hombre conforme al corazón de Dios”?

DESARROLLO

Debemos ir a la porción de la Escritura que acuña esta expresión. En 1 Samuel 13 ocurre la expresión “un varón conforme a su corazón” (vers. 14). Ese era el tipo de hombre que Dios buscaría para reemplazar a Saúl como rey. ¿Por qué Dios haría aquello?

Saúl y su ejército estaban preparados para ir a la batalla contra los filisteos. El profeta Samuel había convenido con Saúl que llegaría en siete días para ofrecer un holocausto antes de la batalla. Sin embargo, Saúl consideró que Samuel se tardaba; además veía que muchos de su ejército se inquietaban y varios lo abandonaban.

No soportando más la situación, se tomó una atribución que no le correspondía: ofreció el holocausto y, por lo tanto, desobedeció a Dios. Al ser rey, creyó que estaba por sobre lo que Dios había establecido; no se humilló ni esperó los tiempos divinos. Al pensar que era el único camino para librar una batalla exitosa frente a sus enemigos, hizo lo que solo los sacerdotes debían realizar. Momentos después, llegó Samuel. ¡Si tan solo hubiese esperado y confiando en Dios, no cayendo en desesperación! En su desobediencia, no actuó conforme al corazón de Dios, y Jehová se proveerá de uno que guardara y respetara los preceptos divinos.

Ser alguien conforme al corazón de Dios, a la luz de este episodio, no indica perfección. Más bien enfatiza la disposición a reconocer y a humillarse delante de la voluntad de Dios. Esto es fundamental si deseamos que Dios nos libre, tanto de nuestras luchas diarias, como de este mundo calamitoso y enfermo por el pecado.

David había aprendido tempranamente a confiar en Dios. Antes de ser ungido rey, cuando era un simple pastor de ovejas, él ya había sido testigo del poder de Dios. Ya fuera con leones u osos (cf. 1 Sam. 17:36, 37), Jehová lo había librado, y sabía que confiando en él se ganaban todas las batallas. Esta confianza plena en Dios preparó a David para hallar redención frente a sus mayores errores y pecados. El más conocido de todos fue el que involucró a la esposa de Urías heteo: Betsabé.

Conocemos la historia: “Aconteció al año siguiente, en el tiempo que salen los reyes a la guerra, que David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel, y destruyeron a los amonitas, y sitiaron a Rabá; pero David se quedó en Jerusalén. Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se paseaba sobre el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual era muy hermosa. Envío David a preguntar por aquella mujer, y le dijeron: Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo. Y envió David mensajeros, y la tomó; y vino a él, y él durmió con ella” (2 Sam. 11:1-4).

¿Qué hace un hombre conforme al corazón de Dios cometiendo este pecado? ¿Qué hace un hombre tal enviando a su muerte al esposo de la mujer para poder ocultar su pecado? Un hombre conforme al corazón de Dios no es perfecto... ¡¿Qué es entonces?!

Ya responderemos. Leamos como Dios sale a su encuentro por medio de su profeta, Natán. “Jehová envió a Natán a David; y viniendo a él, le dijo: “Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas; pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con

él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno; y la tenía como a una hija. Y vino uno de camino al hombre rico; y éste no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas, para guisar para el caminante que había venido a él, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para aquel que había venido a él. Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte. Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia. Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre” (2 Sam. 12:1-7).

Vuelve la pregunta: Un hombre conforme al corazón de Dios no es perfecto... ¿Qué es entonces?! Luego de ser confrontado con la verdad, con los altos preceptos de Dios, David nos muestra qué es un hombre conforme al corazón de Dios: “Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová” (vers. 13a). El hombre conforme al corazón de Dios no inventa excusas; no se cree por sobre lo que Dios ha establecido como bueno o malo; tampoco huye de Dios en un intento de calmar su conciencia. Alguien conforme al corazón de Dios reconoce y confía en el perdón divino. “Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás” (vers. 13b).

David halló redención en un camino muy diferente al que eligió Saúl. En vez de “ofrecer su propio sacrificio”, entendió que debía estar enteramente en las manos de la misericordia y el perdón de Dios. ¿Qué es ofrecer nuestro propio sacrificio, como lo hizo Saúl? Básicamente, es suponer que cualquier bienestar, presente o futuro, depende de mí; de mis acciones, de mis decisiones, de mi conducta... de mis logros, de lo que creo merecer. Como lo explicó Saúl: “Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto” (1 Sam. 13:12).

CONCLUSIÓN

Cuando pensamos en los errores que hemos cometido, y miramos al mundo tal como está, nos entra una “desesperación” por hacer algo que nos tranquilice, que nos ayude a creer que “todo saldrá bien”. Pero nuestros esfuerzos logran tan poco. La autora cristiana, Ellen White, señala: “El carácter se da a conocer, no por las obras buenas o malas que de vez en cuando se ejecuten, sino por la tendencia de las palabras y de los actos habituales en la vida diaria” (El camino a Cristo, p. 58). ¿Cuántas “buenas obras” borran una “mala obra”? ¿Cuánto tiempo podría transcurrir sin que podamos borrar si quiera un segundo de nuestro pasado? En realidad, solo una vida que se oriente hacia la paz y el perdón que Dios ofrece puede hallar bienestar.

Cuando se nos habla de la cruz, nos impresiona o emociona, ¿pero transforma la manera en que buscamos bienestar? Dios no envió a su Hijo a morir por personas perfectas y buenas. En palabras del Apóstol Pablo, “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Tim. 1:15). Un hombre o una mujer conforme al corazón de Dios no teme reconocer su pecado. Admite que se ha apartado de los ideales que Dios tenía para su vida, pero está dispuesto o dispuesta a no ofrecer nada que reemplace el sacrificio de Jesús en su lugar. Tal como lo expresó David, al recordar ese episodio y al reconocer el enorme amor de Dios por él: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño. Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; Se volvió mi verdor en sequedades de verano. *Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado*” (Sal. 32:1-5).

LLAMADO

¿Cuál quieres que sea la tendencia de tu vida? ¿Ofreciendo “tu sacrificio”, una mezcla de buenas y malas obras que solo te frustran? ¿O deseas enfocar tu vida en el perdón que Dios ofrece, y en el poder transformador de su gracia?

Probablemente en esta hora le esté predicando a alguien que ha caído, que de alguna forma u otra a deshonrado a Dios, se ha deshonrado a sí mismo, ha deshonrado a su familia pero que siente el llamado de Dios a vivir en integridad, a vivir de una manera justa, sobria y piadosa; y quiere en esta hora darle una oportunidad a su Creador, desea en esta hora recibir su perdón y vivir para él, si tu sientes este llamado entonces decide por Jesús, reconoce tus pecados y recibe su maravilloso perdón. Puedo orar por ti, puedo pedirte que te coloques de pie para elevar esta oración de gratitud al Cielo. Amigo y amiga, hoy es el día de salvacion (2 Cor. 6:2).

EL MAYOR BENEFICIO DE UNA DECISIÓN EN CRISTO

TEXTO CLAVE

“Entraron en Capernaúm, y tan pronto como llegó el sábado, Jesús fue a la sinagoga y se puso a enseñar” (Mar. 1:21, NVI).

INTRODUCCIÓN

Hace unos días atrás me tocó visitar a un niño de 10 años. Le pregunté lo que más disfrutaba de ir a la escuela... “El recreo” – señaló. ¡Pareciera que aprender, o ser enseñado, es una tarea cada vez más difícil!

Enseñar era uno de los componentes principales del ministerio de Jesús: “Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mat. 9:35). Las cosas que él enseñaba preparaban el camino para que las verdades divinas fueran comprendidas y, al mismo tiempo, para estimular la fe de quienes serían protagonistas de sus milagros.

Nos resulta natural entender que Jesús eligiera las sinagogas como lugar de enseñanza. Sin embargo, es significativo que, salvo un episodio (Luc. 4:18-27), ningún Evangelio registra las palabras expresadas en las enseñanzas de Jesús en ese lugar. Los Evangelios nos dan a entender que las enseñanzas que más marcaron a los discípulos fueron aquellas que ocurrieron mientras compartían con Jesús; durante sus viajes y los diferentes encuentros o entrevistas.

Hubo un día en que Jesús combinó ambos escenarios para enseñar: tanto la sinagoga como en su vivencia con los discípulos. Ese día fue el sábado, el día de reposo. Hallamos estos dos escenarios en Mateo 12. Sus discípulos aprendieron grandes lecciones en cuando a su relación con su Maestro.

DESARROLLO

El capítulo abre con algo muy cotidiano y necesario: el alimento. Mientras los discípulos caminaban con su Maestro, sintieron hambre “y comenzaron a arrancar espigas y a comer” (vers. 1). Iban por los sembrados y recogían lo que les cabía en el puño. Nada prohibía esa conducta; incluso estaba normada como moralmente aceptable (cf. Deut. 23:25). Sin embargo, la *Mishnah* (la tradición de los rabinos) consideraba esa acción igual a la siega y a la trilla, las que estaban

prohibidas en día sábado, junto con otras 37 restricciones. La queja de parte de los fariseos no se hizo esperar: “He aquí tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo” (vers. 2). Si bien la acusación era en contra de los discípulos, la mayor crítica era hacia Jesús: ¿cómo no les había enseñado lo que dictaba la tradición?

Jesús les enseña desde las Escrituras que, en caso de necesidad, los mismos privilegios que tenían los sacerdotes le pertenecían a todo hijo de Dios que lo sirve, incluso en día sábado (vers. 3-5). Ellen White señala: “Si estaba bien que David satisficiera su hambre comiendo el pan que había sido apartado para un uso santo, entonces estaba bien que los discípulos suplieren su necesidad recogiendo granos en las horas sagradas del sábado. Además, los sacerdotes del templo realizaban el sábado una labor más intensa que en otros días. En asuntos seculares, la misma labor habría sido pecaminosa; pero la obra de los sacerdotes se hacía en el servicio de Dios. Ellos cumplían los ritos que señalaban el poder redentor de Cristo, y su labor estaba en armonía con el objeto del sábado. Pero ahora, Cristo mismo había venido. Los discípulos, al hacer la obra de Cristo, estaban sirviendo a Dios y era correcto hacer en sábado lo que era necesario para el cumplimiento de esta obra” (*El descanso de todas las gentes*, p. 251, 252).

Dos cosas quedan claras: (1) el sábado no pasa por alto las necesidades del ser humano y, (2) Dios mismo vela para que quienes lo sirven vean cubiertas aquellas necesidades: es parte integral del descanso que Dios nos ofrece en el sábado. Cada sábado Dios nos recuerda que, aunque imperfectos y necesitados, somos útiles en su causa, y a él le gusta compartir una caminata con nosotros en medio de los “sembrados” de este mundo.

Acto seguido, Jesús sigue su trayecto hasta llegar a la sinagoga de estos fariseos (vers. 9). Entre todas las personas presentes había un hombre que tenía afectada (paralizada o deformada) una de sus manos. Quienes frecuentaban esa sinagoga seguramente lo conocían, y los fariseos no eran la excepción. Creyendo tener una oportunidad única de poder escalar sus acusaciones en contra de Jesús, preguntan: “¿Es lícito sanar en el día de reposo?” (vers. 10). Ellos ya tenían una respuesta. Su propia tradición enseñaba que, en caso de vida o muerte, toda prohibición en cuanto al sábado quedaba suspendida. La única forma de entender su pregunta es asumiendo que ellos consideraban que lo que afectaba al hombre no era de riesgo vital. ¿Sería bueno atender en sábado a un hombre que padece, aunque no está en riesgo su vida? Visto de esta manera, era bastante fría la pregunta de los fariseos.

Veamos la respuesta de Jesús: “Él les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo” (vers. 11, 12).

En este caso no cita la Escritura, sino que apela a la lógica o lo que nosotros denominamos “sentido común”. El argumento de Jesús gira en torno al valor que tiene el ser humano delante de él. Al ser preciosos a la vista de Dios, resulta natural que él desee “el bien” (vers. 12) para cada uno; sobre todo en sábado. Permitir y realizar el bien en día sábado es algo que Dios aprueba. No es necesario esperar una emergencia para honrar el objetivo del sábado y llevar alivio y bondad. Tan valiosos somos a la vista de Dios, que él mismo apartó un día para estar con nosotros.

Cuando Dios estableció el séptimo día, sus intenciones eran claras: “Al bendecir el séptimo día en el Edén, Dios estableció un recordativo de su obra creadora. El sábado fue confiado y entregado a Adán, padre y representante de toda la familia humana. Su observancia había de ser un acto de agradecido reconocimiento de parte de todos los que habitasen la tierra, de que Dios era su Creador y su legítimo soberano, de que ellos eran la obra de sus manos y los súbditos de su autoridad” (*Patriarcas y profetas*, p. 27).

Súbditos, autoridad. Para muchos, estas no son palabras agradables. Sin embargo, ese sábado, el hombre de la mano seca reconoció la autoridad de Jesús y obedeció. ¿Cuál fue el resultado? Pudo vivir en carne propia cómo la autoridad de Jesús actuaba para asegurar su bienestar. Recordaría cada semana la acción restauradora de Jesús en su vida. Jesús le dijo: “Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra” (vers. 13).

CONCLUSIÓN

¿Qué concepto hemos heredado o aprendido en cuanto al sábado? “Es ponerse ‘bajo la ley’”, dicen algunos; “No se puede hacer nada”, señalan otros. Al haber estudiado estos pasajes, ¿podemos llegar a esa conclusión?

Los discípulos fueron testigos de las palabras y acciones de Jesús en cuanto al sábado. Difícilmente pensarían que el sábado era una carga. Jesús les enseñó a disfrutar del sábado al rescatar los objetivos que Dios tenía cuando lo instituyó. Como “Señor del día de reposo” (vers. 8), Jesús señaló que mientras dependiera de él, ninguna necesidad de sus hijos dejaría de ser atendida. Destacó que somos

útiles para ser sus colaboradores. Al mismo tiempo, elevó el valor del ser humano por sobre toda tradición y prejuicio humano. Recordó que la relación con él significa restauración y bienestar para nosotros. Cada semana, sábado tras sábado, es nuestro privilegio descansar en lo que Dios nos ofrece.

LLAMADO

Quiero plantearte la siguiente pregunta: ¿Deseas realmente ser feliz? El ser humano busca de una forma a otra la felicidad, quiere ser feliz pero muchas veces no sabe cómo. En estos minutos te he mostrado los beneficios que produce una decisión por Cristo y uno de esos beneficios es respetar el día del Señor y por ello quiero invitarte a que juntos busquemos en la Biblia el libro del profeta Isaías 56:2 que dice: “Cuán bienaventurado es el hombre que hace esto, y el hijo del hombre que a ello se aferra; que guarda el día de reposo sin profanarlo, y guarda su mano de hacer mal alguno”.

¿Permitiremos que Jesús camine con nosotros semana a semana?
¿Disfrutaremos de la obra restauradora que él desea realizar? Permitamos que Jesús nos enseñe a disfrutar del descanso ofrecido y para ello requieres hacer lo que Dios te pide; estás dispuesto a serle fiel en su día, te invito a probar las delicias del día de reposo, te invito a gustar de los beneficios de ser un fiel observador de su día. Estás dispuesto a ello?

LA IMPORTANCIA DE DECIDIR HOY

TEXTO CLAVE

“Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hech. 22:16).

INTRODUCCIÓN

Estas palabras forman parte de la primera vez que Pablo relata su conversión. Ya tenía un recorrido trazado como cristiano, sin embargo, no siempre fue así.

La Biblia no oculta nada del pasado de Pablo, antes conocido como Saúl. ¿Es esto algo bueno o malo? ¡Buenísimo! Si alguien con un pasado como el de Pablo pudo ser hallado por Cristo, ¡hay esperanza para nosotros!

DESARROLLO

El primer cristiano en morir por su fe se llamaba Esteban. Fue uno de los primeros diáconos; un hombre lleno del Espíritu Santo y de sabiduría” (Hech. 6:3). La influencia de Esteban y los diáconos era reconocida por la comunidad en Jerusalén, incluso “muchos de los sacerdotes obedecían la fe” (vers. 7). Sin embargo, Saulo estuvo involucrado en la muerte de Esteban. No fue un mero espectador, más bien, con la autoridad concedida a él por el Sanedrín, supervisó y aprobó la muerte de Esteban (vers. 58, 60).

La descripción de lo que sigue en la vida de Saulo puede hacer que calofríos surquen nuestra espalda: “En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles. Y hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban, e hicieron gran llanto sobre él. Y Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y a mujeres, y los entregaba en la cárcel” (Hech. 8:1-3). Saulo maltrataba, atacaba y destruía a cuanto cristiano pudiera apresar.

Hasta ese momento el radio de acción de Saulo se había restringido a Jerusalén y sus alrededores, pero eso no le bastaba a Saulo. “Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén” (Hech. 9:1, 2). Damasco se hallaba

a unos 225 kilómetros al norte de Jerusalén. Era un viaje cansador, sin embargo, sus amenazas y ansias de muerte hacia los cristianos eran combustible más que suficiente para Saulo. Él era un hombre convencido y determinado en destruir a la Iglesia cristiana. ¡Qué historia! ¡Qué referencias! Es muy tentador tratar de ocultar un pasado de esa naturaleza.

Cristo sale al encuentro de Saulo y, camino a Damasco todo cambió para este perseguidor de la Iglesia. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer” (Hech. 9:4-6). “Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo *tres días sin ver, y no comió ni bebió*” (vers. 8, 9). ¿En qué habrá pensado Saulo en esas 72 horas? Quien perseguía había salido a su encuentro con poder. Todo lo que alguna vez consideró correcto estaba siendo desafiado por el encuentro que tuvo con Jesús. Existía, era real... ¡desaprobaba su accionar! ¿Qué cosas habrán pasado por la mente de Saulo esos tres días?

Dios no permitiría que transcurrieran más que tres días. Pensar demasiado en sus errores en el pasado no podía extenderse para siempre, ni tampoco le haría bien a Saulo. Con esto en mente, el Señor le envía a Ananías, un discípulo que vivía en Damasco (vers. 10). Él debía visitar a Saulo para que recuperara la vista y se preparara para ser un instrumento valioso en las manos de Dios. ¿Cómo habrá recibido esta tarea el discípulo Ananías? Al menos tuvo un pequeño reparo que fue contestado de inmediato: “Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. El Señor le dijo: Vé, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hech. 9:13-15). Esto fue suficiente para Ananías. ¿Quién era él para darle más credibilidad a la reputación de Saulo que a la apreciación de Dios respecto a él? Cualquiera haya sido la reputación de Saulo, su pasado y sus acciones, la orden del Señor bastó para que Ananías obedeciera. Lo primero que le dice a Saulo: “Hermano” (vers. 17).

¡¿Hermano?! Quien hace poco perseguía y mataba a cristianos... ¿hermano? Así es. Cuando Dios nos declara dignos de estar en su presencia, de servirlo, de

ser transformados por él, ya somos parte de su familia; somos hijos de Dios y cada cristiano es nuestro hermano y hermana. Ananías entendió esto y para él fue suficiente.

¿Pero qué de Saulo? El capítulo 9 nos indica que “al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado” (vers. 18). Sin embargo, pareciera que Saulo tenía una duda que, luego, él mismo comparte con nosotros. En Hechos 22 hayamos algo más que Ananías debió decirle a Saulo. Debe haber marcado una gran diferencia para él, ya que cuando narra por primera vez su conversión, incluye estas palabras: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hech. 22:16).

CONCLUSIÓN

Algo vio Ananías en la mirada de Saulo. Pudo ver a un hombre que todavía luchaba con su pasado, con la reputación que él mismo se había construido. ¿Por qué te detienes? ¿Por qué? ¿Es suficiente un pasado de errores y de, incluso, ataques en contra de Dios para no poder acercarnos a él? Tal vez, por un momento, esa idea se cruzó por la mente de Saulo. Con profunda convicción Ananías profirió esta pregunta y lo llamó a la acción. ¿Tenía razones Saulo para “detenerse”? Sí. ¿Eran suficientes para quedar fuera del alcance de la gracia de Dios? No. ¿Su pasado le generaría algún problema en su ministerio como discípulo de Jesús? En un plano realista y humano, probablemente. Pero, cada uno de estos “por qué”, ¿le impedía levantarse y bautizarse, comenzar una nueva vida? Por intermedio de Ananías, Dios le confirmó a Saulo que no, ¡claro que no!

LLAMADO

Podemos tener muchas razones para acercarnos a Jesús y para detenernos justo antes de entregarle nuestra vida. ¿Por qué te detienes? Puedes tener toda una lista... y “muy convincente”. Sin embargo, tal como Dios ve las cosas, una lista de “por qué” no impide que su gracia te alcance, y que puedas levantarte, bautizarte, lavar tus pecados, invocando su nombre.

Dios invitó a Saulo y él aceptó. Hoy, Dios te invita a ti. ¿Aceptarás? ¿Dejarás tus “por qué” a los pies de Jesús? Levántate, bautízate; el perdón y la gracia de Dios lo hacen posible.

EL PROBLEMA DE DECIDIR DESPUÉS

TEXTO CLAVE

“Más como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre”
(Mat. 24:37).

INTRODUCCIÓN

Algunos dicen que la historia se repite. Cuando se señala esta máxima, nadie supone que los eventos literales se vuelven a repetir. Más bien, se entiende que los diferentes fenómenos, movimientos y ambiciones que moldearon el pasado siguen actuando en el presente. Esto llevó al hombre más sabio del mundo a declarar: “¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol” (Ecl. 1:9).

DESARROLLO

- Una mirada al mundo de hoy. Si lo anterior es cierto, muchas de las cosas que suceden a nuestro alrededor no debieran sorprendernos. Hace tiempo que el mundo nos presenta un cuadro en donde lo bueno y lo malo coexisten; en donde buenas rachas son seguidas por malas o, simplemente, hemos llegado a aceptar que no podemos controlar ni limitar las cosas que nos acontecen. ¿Pesimista? No, más bien, realista... pero capaces de confiar en que hay un futuro mejor.

Muchos líderes sociales y religiosos han prometido un futuro mejor, sin embargo, así como han llegado se han ido. Dios, en cambio, nos señala que pronto ese mundo mejor será una realidad. Ya no tendremos que esperar que, en la alternancia entre el bien y el mal, nos vaya bien. Llegará pronto un momento en que el mal ya no existirá. ¿Cuánto falta para eso? ¿Será posible, así como está el mundo?

- Mateo 24: un mapa del futuro. Es muy probable que, al mirar el mundo cómo está, nos preguntemos hacia dónde se dirige todo. Jesús conocía que esta inquietud ya estaba en el corazón de sus discípulos, hace ya dos mil años. La respuesta más completa de Jesús al respecto se halla en Mateo 24.

A grandes rasgos, este capítulo puede ser abordado en dos dimensiones (pasada y futura), en donde cada una de ellas se concentra en dos aspectos (señales de los tiempos y actitudes de quienes esperan).

Al referirnos a la dimensión pasada, apunta a lo que sucedería con Jerusalén y su eventual destrucción a manos de los romanos en el año 70 DC. En su dimensión futura, apunta hacia el inminente retorno de Jesús y el fin de este mundo convulsionado.

En cuanto a las señales como uno de sus aspectos, nos referimos a que, tanto en el pasado como en el futuro, ciertos eventos presagiarían la proximidad del desenlace. Estos eventos no dejarían a nadie indiferente. Veamos algunas de estas señales:

- a. “Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores” (Mat. 24:6-8).

Antes de la destrucción de Jerusalén se vivió un periodo de mucha inestabilidad, como ejemplo: hubo guerras constantes en el este del imperio romano, pestes y hambres (Hech. 11:28), terremotos (Hech. 16:26) y falsos cristos (Hech. 5:36, 37; 21:38). Un escenario similar se repetirá al final de la historia de este mundo.

El aspecto que aborda las actitudes, vemos que este pasaje también anticipa cómo será la reacción de varios ante estos acontecimientos: “y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. [...] Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mat. 24:12, 38-39).

- Noé: un hombre que vivió antes del fin de su civilización. Es significativo que, al entregar una respuesta tan contundente, Jesús haya elegido solo un personaje de la historia bíblica con el cual nos podemos identificar. Entre todas las señales, eventos, actitudes y reacciones, sólo él aparece como un referente para nosotros: el patriarca Noé. A través de su experiencia podemos hallar respuesta a una de las interrogantes más sensibles en medio de todo lo que ocurre en el mundo: ¿Cómo hago para vivir en un mundo así? ¿Qué hago para no temer mientras espero la venida de Jesús?

- a. Ser justo y perfecto: ¿No es mucho pedir? De Noé se nos dice que era “varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé” (Gén. 6:9). En medio de una sociedad dominada por el mal (Gén. 6:9), “Matusalén, Noé y muchos más, trabajaron para conservar el conocimiento del verdadero Dios y para detener la ola del mal” (Patriarcas y profetas, p. 71). No debemos entender que Noé no pecaba o que jamás cometió un error; más bien, su perseverancia en conocer mejor a Dios fue lo que lo definió como justo y perfecto. Su vida piadosa nos anima a perseverar en medio de tiempos decadentes.
 - b. Actuar en base a nuestras convicciones: justo, perfecto, perseveró en buscar a Dios. Muchos podrían decir que hacen lo mismo porque no le hacen mal a nadie y creen en Dios. Sin embargo, Noé no se conformó con vivir una fe pasiva. El apóstol Pablo señaló: “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase” (Heb. 11:7). Nadie había visto llover, embarcaciones de esa magnitud jamás habían sido necesarias y, además, la tierra jamás había sufrido una catástrofe natural. Sin embargo, Noé decidió actuar en obediencia al mandato divino. “Mientras Noé daba al mundo su mensaje de amonestación, sus obras demostraban su sinceridad” (Patriarcas y profetas, p. 72). Al no permanecer pasivo ante las circunstancias reveló que su fe en Dios era sincera.
 - c. Reconocer las evidencias entregadas por Dios: Cuando el arca estuvo terminada ocurrió un hecho que podría haber bastado para que cualquier persona sincera se hubiera convencido de que las palabras de Dios respecto al diluvio eran verdaderas. Una semana antes de que cayeran las aguas (Gén. 7:4, 10) Dios ordenó a Noé que entrara al arca. Sin embargo, no entró sólo con su familia. Siete parejas de animales limpios y una de los impuros entraron ordenadamente de dos en dos al arca (Gén. 7:8, 9). ¡Qué espectáculo! Estaba claro que Dios estaba interesado en preservar a todo ser en el que hubiese “espíritu de vida” (vers. 15). Cuando todos entraron, solo entonces Jehová “cerró la puerta” (vers. 16).
- Una demora fatal. ¿Por qué nadie más entró? Los que estaban dispuestos a creer, pero, tal vez, querían estar más seguros, ¿no les bastó esta evidencia del poder de Dios? “Los animales obedecían la palabra de Dios, mientras que los hombres la desobedecían. Dirigidos por santos ángeles, ‘de dos en dos entraron con Noé en el arca’, y los animales limpios de ‘siete en siete’. El mundo miraba maravillado, algunos hasta con temor. Llamaron a los filósofos para que explicaran aquel singular suceso, pero fue en vano. Era un misterio que no podían comprender. Pero los corazones de los hombres se habían endurecido

tanto, al rechazar obstinadamente la luz, que aún esta escena no les produjo más que una impresión pasajera” (Patriarcas y profetas, p. 75).

Para Noé, esta fue una evidencia que vino a confirmar la fe sobre la cual ya venía actuando hasta esa hora. Las señales del fin deben fortalecer nuestra fe de la misma manera.

- Caminar con Dios: una decisión de salvación. “Con Dios caminó Noé” (Gén 6:9). Mientras caminó, Noé halló gracia ante los ojos de Dios y, en medio de las aguas turbulentas, Dios se acordó de él (Gén 8:1). La Biblia nos señala que, para Noé, caminar con Dios significó ser conocido por Dios y alcanzado por su gracia. Y, ¿acaso puede ser de otra manera? Mientras más conocemos cómo Dios nos ve, más nos damos cuenta que necesitamos de su gracia; una gracia que él está dispuesto a manifestarnos. Aunque Noé era justo y recto, lo que definió su caminar fue la gracia de Dios, no su integridad. Su justicia le dio fortaleza a sus pisadas, pero el camino lo marcó la gracia de Dios. Lo mismo debe ser cierto en nuestra experiencia mientras aguardamos el pronto regreso de Jesús.

CONCLUSIÓN

Tal como en los días de Noé, nuestro mundo vive en desorden y en desenfreno. Sin embargo, como en esos días, puede haber hombres y mujeres como Noé. Debemos aprender a caminar con Dios mientras estamos atentos a las señales que él ha dejado. Cada señal es un llamado a seguir cultivando una fe obediente y sincera. Esa es la única fe que, al igual que Noé, nos hará herederos “de la justicia que viene por la fe” (Heb. 11:7).

LLAMADO

Deja que la gracia de Dios te alcance. Su gracia es un refugio, tal como lo fue el arca en tiempos de Noé. La gracia y la justicia de Dios te permitirán estar en pie, aunque el mundo se desmorone a tu alrededor. En los días de Noé solo hubo dos grupos: aquellos que obedecieron fielmente la voluntad salvadora de Dios de preparar un arca y entrar en ella y aquellos que cuestionaron, dudaron y finalmente se burlaron de Dios. Tú conoces el fin de la historia, quienes se salvaron y quienes murieron faltamente.

¿Quieres caminar con Dios?, ¿deseas considerar el plan maravilloso que Él tiene para tu vida y para aquellos que aman? ¿Deseas vivir una experiencia de fe y victoria poniendo tu vida y confianza en la Palabra de Dios?

UNA DECISIÓN LLENA DE ESPERANZA

TEXTO CLAVE:

“Y entrando les dijo: ¿Por qué alborotaos y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme” (Mar. 5:39).

INTRODUCCIÓN

“La muerte es parte de la vida”, oímos decir. Pero esto no es cierto. La muerte es una intrusa que jamás perteneció al plan de Dios. Lo que la Biblia sí señala es que nuestra vida es breve y pasajera: “Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Sant. 4:14). Esta es nuestra realidad desde que el pecado se introdujo en este mundo.

- El origen de la vida. Cuando Dios creó al primer ser humano, lo formó de la tierra y sopló en él el aliento de vida. Como resultado, Adán llegó a ser un ser viviente (*nefesh chayya*; Gén. 2:7). Literalmente debiera traducirse como “alma viviente”. Así es: tú y yo somos un alma viviente. No tenemos un alma, más bien, somos un alma: un cuerpo que respira.

Cuando Adán y Eva pecaron la muerte pasó a ser una realidad. No era prudente que viviéramos para siempre en un mundo que cada vez se degradaría más y más. Como un acto de misericordia, Dios impidió el acceso al árbol de la vida (Gén. 3:22). Aun así, la muerte no dejó de ser una tragedia: es la consecuencia última de habernos alejado de Dios. Sin embargo, Dios hizo provisión para que la muerte no dominara para siempre a sus hijos. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. [...] “Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Juan 3:15; Rom. 6:23).

- Jesús conquista la enfermedad y la muerte. Cuando Jesús caminó entre nosotros enseñó mucho respecto al Reino de Dios. “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Mar. 1:14, 15). En todo acto de bondad, en sus enseñanzas y milagros, Jesús estaba anticipando lo que sería vivir en el Reino de su Padre. En

este contexto, no es extraño de que no sólo sanara a los enfermos, o que enseñara e hiciera milagros que atendían las necesidades de las multitudes. También resucitó a los muertos. No a todos, pero a los suficientes para dar un testimonio poderoso sobre esta verdad: vencer la muerte era posible y, ahora, se hacía evidente por medio del ministerio de Jesús.

- Un servicio fúnebre que terminó en celebración. Hubo un hombre que fue testigo del poder de Dios en medio de una tragedia que golpeó a su familia. Pudo vislumbrar las glorias del Reino de Dios en medio de su dolor. Su nombre era Jairo. Él era un dignatario de la sinagoga, probablemente en la ciudad de Capernaúm (cf. Mat. 9:1, 4, 13). Seguramente le había tocado escuchar más de alguna enseñanza de Jesús, además de responder inquietudes de quienes procuraban su opinión respecto al Maestro de Nazaret. Lo que está claro es que conocía quien era Jesús, lo reconoce entre la multitud y se apresura en manifestarle su pedido: “Mi hija acaba de morir; pero ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá” (Mat. 9:18). El evangelio de Lucas aclara que era su única hija, de unos doce años (Luc. 8:42). Es difícil enfrentar la muerte, incluso cuando se ha vivido bastante; ¿cuánto más debe serlo cuando la enfrentamos a temprana edad?
 - a. Jesús siempre está atento a las necesidades de todos: Jesús atiende su pedido y se dirige a la casa de Jairo. Sin embargo, en el camino, una mujer que estaba padeciendo una enfermedad hace doce años se acercó “por detrás y tocó el borde” del manto de Jesús (Mat. 9:20). No fue un toque casual; ella creía que en ese toque estaría la clave para su sanidad. No estaba equivocada. Jesús se detiene, evitando que la mujer se perdiera en el anonimato y le asegura: “Tu fe te ha salvado” (vers. 22).

Hasta acá el relato nos presenta a dos personajes: Jairo y la mujer. Ambos estaban lidiando con la muerte... Pero ¿cómo? La mujer solo estaba enferma. Es verdad, pero su enfermedad la catalogaba como alguien “muerta en vida”. El flujo de sangre que padecía la convertía en persona no grata, tanto en círculos sociales como religiosos. Los Evangelios de Marcos y Lucas dan a entender que era una mujer de recursos... era. Había gastado todo y perdido todo por causa de esta enfermedad.

Una muerte literal, la de la hija de Jairo; otra, más representativa, pero igualmente aguda y dolorosa. Jesús ya demostró al sanar a la mujer que en el Reino de Dios solo puede haber vida, y vida abundante y saludable. Ahora, ¿qué de la muerte como tal?

Luego de una espera que debe haber parecido eterna para Jairo, prosiguieron hasta su casa. La muerte de su hija había revolucionado toda su casa. Estaba llena de personas que habían venido a mostrar su simpatía hacia la familia; pero no eran muy discretos. “Al entrar Jesús en la casa del principal, viendo a los que tocaban flautas, y la gente que hacía alboroto, les dijo: Apartaos, porque la niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él” (Mat. 9:23, 24). Lucas, que era médico, explica el motivo de la burla hacia Jesús: “Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta” (Luc. 8:53). Lo que la gente sabía y había podido comprobar (que estaba muerta), chocaba con la declaración de Jesús: la niña solo duerme.

- b. ¿Sueño o muerte?: La pequeña claramente estaba muerta, pero Jesús evaluó su condición desde la perspectiva del Reino eterno. Para quien tiene el poder de introducir a sus hijos a la vida eterna, la muerte es solo un sueño.

Mientras todos se burlaban, Jesús, en la compañía de tres de sus discípulos, toma a los padres y a los que los acompañaban (Mar. 5:40) y entra donde estaba la niña. “Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron [confundidos, sorprendidos] grandemente” (Mar. 5:41, 42).

Cuando Jesús levanta a la niña de la muerte, ella se reincorpora como si solo hubiese estado durmiendo, no hay confusión en su mente; retoma sus actividades de niña de doce años: correr de allá para acá. Para quienes miraban, la confusión también se les pasaría si aceptaban mirar la escena como la contemplaba Jesús: desde la realidad del Reino eterno.

Acto seguido, Jesús “mandó que se le diera de comer” (Luc. 8:55). ¿Por qué? Tiempo después hallamos en los propios labios de Jesús la respuesta. Luego de la resurrección de Jesús, el Evangelio de Lucas registra: “Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros. Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Y como todavía ellos, de gozo,

no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos” (Luc. 24:36-43).

Jesús comió delante de sus discípulos para disipar cualquier temor de que no veían a un fantasma o espíritu. Cuando Dios levanta a sus hijos de la muerte lo hace de manera corporal y completa. Cualquier idea de que se puede vivir en un estado fantasmal, sin un cuerpo, no tiene cabida: así lo estableció el ejemplo del mismo Jesús.

¡Qué fascinante lo que pudo ver Jairo y su familia! Recuperar de las garras de la muerte a su única hija; verla incorporarse como si nada hubiese acontecido... solo un sueño, del cual el dador de la vida la despertó.

CONCLUSIÓN

Ese encuentro con Jesús debe haber marcado para siempre a la familia de Jairo. Pudieron ver un anticipo de lo que será vivir en el eterno Reino de Dios, en el cual no habrá “muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apoc. 21:4).

Este desenlace solo fue posible porque Jairo decidió confiar en la palabra de Jesús por sobre la realidad de la muerte: “Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro. Oyéndolo Jesús, le respondió: No temas; cree solamente, y será salva” (Luc. 8:49, 50).

LLAMADO

Y tú querido amigo. ¿Estás dispuesto a creer? ¿A creer por sobre el dolor, por sobre lo que las evidencias te indican? Hay un Reino eterno que nos espera. Aunque durmamos antes de que ese gran día llegue, hay una gran verdad: Dios nos despertará. ¿Deseas poner tu confianza en esa maravillosa promesa? ¿Anhelas ser de Cristo y ser partícipe de la vida eterna?

HOY DECIDO SERVIR AL SEÑOR CON TODO MI SER

TEXTO CLAVE

“Oyendo la reina de Sabá la fama que Salomón había alcanzado por el nombre de Jehová, vino a probarle con preguntas difíciles. Y vino a Jerusalén con un séquito muy grande, con camellos cargados de especias, y oro en gran abundancia, y piedras preciosas; y cuando vino a Salomón, le expuso todo lo que en su corazón tenía” (1 Rey. 10:1, 2).

INTRODUCCIÓN

¿Cuál es el objetivo de conocer a Dios? Conocer la verdad, señalan algunos. Sin embargo, como hemos visto esta semana, cuando nos embarcamos en una relación con Dios, la verdad no solo se conoce... también se vive. En cada experiencia, sea buena o mala, si Dios está allí, la verdad respecto a Él deja de ser una teoría.

Las Escrituras registran la experiencia de un hombre muy sabio. Lo paradójico es que el secreto para su sabiduría radica en el reconocimiento de su ignorancia y falta de experiencia. Nos referimos a Salomón. “Ahora pues, Jehová Dios mío, tú me has puesto a mí tu siervo por rey en lugar de David mi padre; y yo soy joven, y no sé cómo entrar ni salir. Y tu siervo está en medio de tu pueblo al cual tú escogiste; un pueblo grande, que no se puede contar ni numerar por su multitud. Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién podrá gobernar este tu pueblo tan grande?” (1 Rey. 3:7-9).

Este sencillo reconocimiento (una auto-evaluación que no es fácil de realizar) permitió que Dios bendijera a Salomón con gran sabiduría. El pueblo se vio grandemente favorecido y la fama de Salomón se difundió. El propósito de Dios al colocar a su pueblo en un lugar tan privilegiado era justamente que lo representaran dignamente ante las naciones. Salomón fue un excelente exponente de este objetivo. Nadie podía quedar indiferente ante lo que Dios hacía en Israel.

DESARROLLO

- La Reina de Sabá: cuando la riqueza no produce paz. “Oyendo la reina de Sabá la fama que Salomón había alcanzado por el nombre de Jehová, vino a probarle con preguntas difíciles. Y vino a Jerusalén con un séquito muy grande, con camellos cargados de especias, y oro en gran abundancia, y piedras preciosas; y cuando vino a Salomón, le expuso todo lo que en su corazón tenía” (1 Rey. 10:1, 2).

Esta reina viajó de muy lejos (posiblemente desde la actual Yemen, Etiopía, o el extremo occidental de Arabia) pues tenía inquietudes que pesaban en su corazón. Nada le faltaba en su palacio; tenía riquezas y sirvientes y, como todo monarca, acceso a la mejor educación de la época. Sin embargo, ella se presenta delante de Salomón con preguntas difíciles que estaban guardadas en su corazón.

Las apariencias son una cosa, pero lo que nadie ve, lo que está en el corazón, es todo un mundo aparte. Si ella lograba aquietar las inquietudes que ardían en su interior, el viaje, la pequeña fortuna con la que había viajado... todo habría valido la pena.

“Y Salomón le contestó todas sus preguntas, y nada hubo que el rey no le contestase” (1 Rey. 10:3). Este versículo es un resumen bastante modesto en comparación a las largas horas que debe haber durado la entrevista de la reina con Salomón. Pareciera que no le hace justicia a la sabiduría con la que se encontró la reina de Sabá. Sin embargo, una cosa está clara: ella escuchó una contestación a cada pregunta. Con todo... pareciera que algo falta en la descripción del versículo tres. ¿Cómo reaccionó la reina? Total silencio. Parece que algo le intrigaba aún.

- La paz y sabiduría se refleja en la vida cotidiana. Los versículos que siguen nos esclarecen lo que la reina todavía requería. “Y cuando la reina de Sabá vio toda la sabiduría de Salomón, y la casa que había edificado, asimismo la comida de su mesa, las habitaciones de sus oficiales, el estado y los vestidos de los que le servían, sus maestresalas, y sus holocaustos que ofrecía en la casa de Jehová, se quedó asombrada” (1 Rey. 10:4, 5). Escuchar las respuestas sin lugar a dudas que tuvo su valor. Sin embargo, cuando, luego del diálogo, comienza a ver cómo toda esa sabiduría se veía reflejada en lo cotidiano, en la manera de vivir de todos, desde el rey hasta su siervo... ahora el texto está preparado para señalar: ella quedó asombrada (en el hebreo, literalmente, quedó sin aliento).

No solo era teoría: su comida, sus aposentos, sus vestimentas y su culto diario... en todo estaba la huella de la sabiduría divina.

La sabiduría con la que Dios había bendecido a Salomón era verdadera y resistía la prueba de la vida cotidiana. Era una sabiduría útil, práctica y eficaz que no alejaba a quienes la practicaban de su autor: Dios.

- Encontrar a Dios es encontrarse con la vida. La reina de Sabá descubrió que Dios no busca salir a nuestro encuentro con meras respuestas técnicas sobre la vida. El mundo ofrece muchas “sabidurías alternativas” que van en esa dirección. Muchos maestros, autores y conferenciantes se levantan para proclamar verdades que suenan bien, pero en la práctica no se pueden vivir ni traen paz duradera. La reina de Sabá vio que el Dios de Salomón tenía lo que ella había necesitado por tanto tiempo. Por fin veía que se podía ser consecuente con las verdades eternas y ser feliz; que se puede ser fiel a Dios y ser objeto de sus bendiciones en el día a día.

“Y dijo al rey: Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído. Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría” (1 Rey. 10:6-8).

Muchos miran la vida cristiana con cierta incredulidad. Sin embargo, al mismo tiempo, anhelan ver y palpar que el cristianismo es más que una teoría. Buscan sentido para sus vidas y no descansarán hasta encontrar concordancia entre la verdad revelada y la vida diaria. Es un desafío para quienes ya son cristianos, pero al mismo tiempo es el secreto para quienes están conociendo, poco a poco, a Dios y su Palabra: lo que ya conoces, ¡prácticalo! Lo que Dios ya ha revelado, ¡no lo deseches! Aquello que sabes que Dios requiere de ti, ¡no se lo niegues! Cuando hay concordancia entre la verdad recibida y en como ésta se vive, también quedaremos sin aliento ante las maravillas de Dios.

CONCLUSIÓN

Es muy significativo destacar lo que la reina de Sabá finalmente descubrió. Ella fue a entrevistarse con un rey, pero acabó conociendo y dándole gloria a Dios: “Jehová tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; *porque Jehová ha amado siempre a Israel*, te ha puesto por rey, para que hagas derecho y justicia” (1 Rey. 10:9).

En estos días hemos conocido las experiencias de hombres y mujeres como nosotros; pero no es la vida de ellos lo que más nos enriquece. El Dios que ellos sirvieron y amaron es el mismo que desea hacer lo mismo o incluso más en quienes lo buscan hoy. Hemos conocido verdades, pero ahora hay que vivirlas, tal como lo hicieron los amigos de Dios en el pasado.

LLAMADO

¿Quieres ser un amigo de Dios hoy? Nadie que busque a Dios se va con las manos vacías. La reina vino buscando respuestas, pero se fue con una vida transformada. Permite que Dios transforme tu vida hoy mismo. ¿Quieres? Bien puedes. Recibe a Jesucristo como tu Salvador personal, permite que limpie tu pasado y sane las heridas de tu alma. Sella tu amor por Él bautizándote e iniciando una vida nueva – llena de paz y sabiduría – de la mano de Aquel que nunca falla.



Producción Ejecutiva: Erton Köhler, Marlon Lopes y Edward Heidinger

Autores de los sermones: Pr. Luís Gonçalves y Pr. Pablo Millanao

Coordinación: Luís Gonçalves

Secretaria: Adriana Cunico dos Reis

Tapa: Casa Publicadora Brasileira

Diagramación: Victor Hugo Flores



Iglesia Adventista
del Séptimo Día

EVANGELISMO